

ÍNDICE

Voltaire/Rousseau. La disputa, por Jean-François Prévand 9

VOLTAIRE/ROUSSEAU. LA DISPUTA	19
Sobre <i>Voltaire/Rousseau. La disputa</i>	109
Jean-François Prévand	111
Mauro Armiño	115
Josep Maria Flotats	119
Pere Ponce	139
<i>Voltaire/Rousseau. La disputa. Crítica y comentarios</i>	143
Julio Llamazares: «Filosofía»	145
Pedro García Cuartango: «La disputa»	149
Manuel Hidalgo: «Rousseau: la defensa del individuo»	153
Josep Maria Flotats: «Me gustaría hacer de Chateaubriand»	157
Luis Eduardo Siles: «Dos filósofos»	161
Agustí Garzó: «Una disputa de altura»	162
P. J. L. Domínguez: «Flotats brilla»	163
José Miguel Vila: «¿Quién dijo que la filosofía era aburrida?»	163
Juan Ignacio García Garzón: «Esta noche, gran velada»	164

Al gran maestro EZIO FRIGERIO,
generoso y fiel amigo,
con afecto y agradecimiento.

Y a ERNESTO CABALLERO,
director del Centro Dramático Nacional,
por su confianza.

JOSEP MARIA FLOTATS

Voltaire/Rousseau

La disputa

He aquí, a petición de José María, al que saludo muy amistosamente, algunas observaciones y confidencias sobre la génesis y la carrera de *Voltaire/Rousseau*, espectáculo y obra por los que siento un aprecio y un agradecimiento particulares, dada la importancia que han tomado en mi vida de artista y en mi vida a secas.

Debo decir en primer lugar que no me considero un autor dramático. Ni por vocación, ni por profesión. Siempre he sido, ante todo, actor. Desde mi adolescencia, no tenía más que un objetivo y una esperanza: tener la posibilidad de dedicar toda mi vida a la práctica del arte del teatro.

Y por eso, desde el Cours Simon en el Conservatorio Nacional (1964-1969), seguí estudios de actor con total apasionamiento, pero siendo consciente también de las dificultades de ese oficio. A pesar de trabajar con rapidez y de forma regular con hombres de teatro como Peter Ustinov, Jean Meyer, Gérard Vergez, Denis Llorca... decidí pasar también a la puesta en escena, pues no quería depender exclusivamente de los demás y, esperar, como suele decirse, a que suene el teléfono.

Ser director de escena, incluso debutante, implica en Francia, como también en otras partes desde luego, fundar una compañía y, por lo tanto, saborear las alegrías y angustias de la financiación y de la producción.

Esto exige, como es natural, que tengas que elegir un repertorio, y, cosa curiosa, en vez de enfrentarme como la mayoría de mis colegas a las obras maestras universales, decidí fabricar mi propio material, es decir, trabajar sobre textos ya existentes.

Esta elección no es desde luego inocente. Creo que, en esencia, quería decir cosas personales, transmitir algo de lo más profundo de mí, y ese algo no pensaba encontrarlo en principio en unas obras pre-existentes, porque entonces se habría tratado de la inspiración de otro, del sacrosanto «autor dramático».

Autor dramático que yo no pensaba ser, ni convertirme en ello, como ya he dicho.

Mi primera debilidad fue por Voltaire. Ya entonces.

En 1970, fui contratado como animador y actor por Pierre Viehlescaze, en el Théâtre de l'Ouest Parisien de Boulogne Billancourt, en las afueras de París.

Un día que deambulaba un poco tontamente por los muelles del Sena, charlando alrededor de los tenderetes de los libreros de lance, me quedé pasmado ante un viejo libro titulado *Los diálogos filosóficos* de Voltaire. Movido por no sé qué fuerza interior y misteriosa, que todavía hoy sigo bendiciendo, lo compré y lo leí.

Fue una revelación.

Me volví volteriano, y volteriano sigo. Todo lo que devoré con la vista me hablaba a lo más íntimo de mí y con la mayor fuerza.

Poseído por esa llama me convertí así en adaptador, en director de escena, en productor amateur...

Adaptador, porque aquellos textos de Voltaire no eran realmente teatro, algunos estaban dialogados, otros no, escritos en forma de virulentos panfletos, a veces firmados, otras veces habían circulado bajo cuerda, pero tenían una cosa en común: que todos hablaban del fanatismo religioso y político. Tema que por desgracia no ha pasado de moda.

Pero estos breves textos sacaban a escena gallinas, la serpiente del génesis, unos salvajes del Amazonas, Mahoma... Era también muy divertido, y *Voltaire's Folies* tuvo un éxito enorme, ya que fue representado más de tres mil veces, en el pequeño Café-Théâtre de l'Absidole primero, luego en teatros nacionales.

Durante una de las numerosas giras, llegamos a hacer la función en Chambéry (estamos en 1989), donde, como todos saben, hay un museo Rousseau en la casa Les Charmettes.

El conservador nos recibió al principio de forma amable, pero cuando supo que hacíamos una obra sobre Voltaire, poco faltó para que nos pusiera de patitas en la calle, añadiendo que, si hubiéramos querido pagar nuestra entrada con billetes de banco con la efigie de Voltaire —los había en esa época—, se habría negado a meterlos en su caja.

Casualidad del calendario, lógica geográfica, tres días más tarde hacíamos la función en Ferney-Voltaire. Allí, la misma pelotera, pero al revés: el conser-

vador del castillo echó pestes contra Rousseau, aquel granuja, aquel patán...

Pero, feliz enviado del destino, al final de la función en Ferney se presentó un hombrecillo adorable que dijo llamarse Charles Wirz y ser el director del Instituto Voltaire, sito en la villa Les Délices de Ginebra, y me preguntó si podía visitarle uno de aquellos días. Fue lo que hice.

Me precisó en primer lugar que era director del Instituto Voltaire, pero que también era presidente de la Asociación de Amigos de Jean-Jacques Rousseau, aunque «¡eso no hay que decirlo porque está mal visto!»

En su despacho me mostró las dos copias de las estatuillas de Houdon, Voltaire y Rousseau, dándose la espalda.

Y me llevó a su biblioteca, donde me enseñó los originales de Rousseau anotados de mano de Voltaire: «¡Imbécil! ¡Vete a burlarte de tus amigos los mchicanos!... etc.».

Todos estos indicios concordantes me hicieron pensar que sería acertado escribir una obra sobre Voltaire y Rousseau, porque las piezas de pareja siempre han hecho buen teatro.

Charles Wirz, a quien definitivamente debo mucho, me insistió entonces para que leyera la magnífica obra de Henri Gouhier, *Rousseau y Voltaire, retrato en dos espejos* (editorial VRIN, 1983). Fue lo que hice. Y quedé maravillado.

La escritura fue cómoda, casi fácil, sobre todo desde que encontré la trama del famoso panfleto *Sentimiento de los ciudadanos*.

Creo que lo que más me impulsaba era el debate sobre la utilidad de la cultura, pues eso ponía en marcha en cierto modo los engranajes de mi propia vida.

Es cierto que me lancé a la escritura con un prejuicio favorable a Voltaire, pero, poco a poco, espero haber reequilibrado el debate y Rousseau me ha conmovido, no solo emocionalmente, sino política e intelectualmente. Además, no solo pienso que «el primer criminal de todos los tiempos es aquel que rodeó un campo con una cerca y dijo: ¡Esto es mío!», sino que hay que tener en cuenta todo lo que le deben el Romanticismo y la Psicología en la escritura —y decir que no toda educación es necesariamente buena está lejos de ser absurdo.

Pero quizá el hecho de haber interpretado yo mismo el papel de Rousseau durante cuatro años haya influido en mi opinión.

Inútil repetir todo lo que me une a Voltaire, sé de sobra también cuánto le debo.

Pero un día, al final de una representación en París, se hizo un sondeo entre los espectadores: «Si esto hubiera sido un partido, ¿quién habría ganado según usted?» —Pues bien, para sorpresa general, la respuesta de los espectadores fue: ¡Los dos!

Voltaire/Rousseau se estrenó en 1991 en el Théâtre La Bruyère, interpretada por Luc Moreau (Rousseau) y Jean Paul Farré (Voltaire), luego siguió en la Comédie de París y en el Théâtre de l'Œuvre interpretada por Gérard Maro y yo mismo.

Muy recientemente, en marzo de 2017, una última reposición en el Théâtre de Poche, con Jean-

Luc Moreau y Jean-Luc Farré de nuevo, llenó la sala. Jean-Jacques Moreau hacía con talento el papel de Rousseau en alternancia con su homónimo Jean-Luc.

Voltaire/Rousseau conoció también éxito en el extranjero, montada sobre todo en Berlín en el Deutsches Theater, en Suiza, en Bélgica, en Luxemburgo, en Austria. Fue grabada por la RAI en Italia así como por la televisión polaca.

Luego vino en 2016 esta propuesta de José María Flotats, actor al que admiraba mucho y al que vi trabajar muchas veces en el Théâtre de la Ville.

Era una proposición evidentemente halagadora, sobre todo porque nunca había tenido ocasión de entrar en contacto con el público español y porque yo mismo acababa de mudarme a Barcelona...

Otra razón, esta personal, para dar una gran importancia a este re-estreno es el hecho de que la presente versión nunca ha sido representada. En efecto, para esta ocasión, me he entretenido en reescribir ciertas cosas, en cortar o desarrollar otras, y por eso es un texto casi nuevo, que, más allá de la adaptación que saludo, va a conocer aquí un verdadero bautismo.

Por eso, doy las gracias muy emocionado, a José María, y espero, cruzando los dedos, el veredicto del público español. ¿Quién es culpable en toda esta historia? ¿Voltaire? ¿Rousseau? Espero no serlo yo.

J.-F. PRÉVAND

Voltaire/Rousseau. La disputa
se estrenó en Madrid
el día 12 de enero del 2018
en el Teatro María Guerrero
(Centro Dramático Nacional).